

Contraluz*

Paul Celan

El corazón se quedó oculto y duro en lo oscuro, como la piedra filosofal.

Era primavera y los árboles volaron hacia sus pájaros.

Tanto va el cántaro roto a la fuente que al final la seca.

Se puede hablar de justicia en vano, en tanto el más grande de los acorazados no se estrelle en la frente de un ahogado.

Cuatro estaciones y no una quinta como para decidirse por alguna de ellas.

Tan grande era su amor por ella que ella hubiera podido levantar la tapa de su féretro, si la flor que ella le había puesto encima no hubiera sido pesada.

Tanto perduró su abrazo que el amor desesperó en ellos.

El día del Juicio llegó y a fin de buscar la mayor de las infamias le fue clavada la cruz a Cristo.

Entierra la flor y pon al hombre sobre esta tumba.

*Traducción realizada a partir del texto alemán, *Gegenlicht*, en *Gesammelte Werke*, driter Band, Surkhamp, Frankfurt, 1986, pp. 163-165.

La hora saltó fuera del reloj, se le adelantó y le ordenó marchar correctamente.

Cuando el mariscal de campo puso la cabeza ensangrentada del rebelde ante los pies de su señor, éste se sumió en una furia salvaje. “Has osado inundar la sala del trono con el hedor de la sangre”, dijo, y el mariscal se estremeció. En eso se abrió la boca del abatido y contó la historia del clavel. “Demasiado tarde”, opinaron los ministros. Un ulterior cronista confirmó esta opinión.

Cuando el ahorcado fue desprendido del patíbulo sus ojos aún no estaban muertos. Rápidamente se los cerró el verdugo. Pero los circunstantes lo habían notado y bajaron sus miradas por vergüenza. Pero en ese minuto el patíbulo creyóse un árbol y como nadie tenía los ojos abiertos, no es posible confirmar si esto fue realmente cierto.

Puso virtudes y vicios, culpa e inocencia, buenos y malos rasgos sobre la balanza, pues quería certidumbre antes de juzgarse a sí mismo. Pero los platillos de la balanza, cargados tan pesadamente, quedaron a idéntica altura. Pero como quería saber a cualquier precio, cerró los ojos y dio vueltas en círculo innumerables veces alrededor de la balanza, ora en una dirección ora en la contraria, hasta que ya no supo qué platillo cargaba cuál peso. Luego puso a ciegas sobre uno de los platillos su decisión de juzgarse. Cuando abrió nuevamente sus ojos, si bien uno de los platillos había descendido, ya no se podía distinguir cuál de los dos era el platillo de la culpa y cuál el platillo de la inocencia. Se exasperó por ello, desistió de vislumbrar en ello algún beneficio, y se condenó, pero sin poder reprimir la sensación de estar, probablemente, equivocado.

No te engañes: no es que esta última lámpara dé más luz: es que lo oscuro en torno se ha sumergido en sí mismo.

“Todo fluye”; también este pensamiento. ¿Y no hace acaso que todo vuelva a la inmovilidad?

Ella le dio la espalda al espejo, pues odiaba la vanidad del espejo.

Enseñó la ley de gravedad, proporcionó prueba tras prueba, pero encontró oídos sordos. Entonces se impulsó en el aire y, flotando, enseñó la ley. Ahora le creyeron, aunque nadie se asombró de que no volviera del aire.

Traducción de Susana Romano Sued